

Dr. Mna

Volumen XVII.—Septiembre 1.º de 1922.—Número 168.

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
IMPRESA DE SAN BERNARDO
MCMXXII

CONTENIDO

- La Transfiguración de
Cristo..... R. M. CARRASQUILLA.
El himno nacional..... LUIS MARIA MORA.
Patria..... EDUARDO ZULETA ANGEL.
La leyenda del millón.. MANUEL OSORIO Y BERNARD
Grado en jurisprudencia.
Duelo.
El Presidente de la Re-
pública y el Colegio
del Rosario.
El triunfo pacífico de
Cristo.
Críticas y críticos..... JUAN C. GARCIA.
Auras de amor..... LUIS ENRIQUE FORERO.

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, Septiembre 1.º de 1922

LA TRANSFIGURACION DE CRISTO

SERMON PREDICADO EN LA CATEDRAL DE BOGOTA
EL 6 DE AGOSTO DE 1922

*Hic est filius meus dilectos in quo
mihi bene complacui: ipsum audite.*

(MATTH. XVII, 5).

«Seis días después, nos dice el evangelio de hoy, tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte a un elevado monte y se transfiguró en su presencia. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se pusieron blancas como la nieve. Y hé aquí que se les presentaron Moisés y Elías hablando con él. Y tomando Pedro la palabra dijo a Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí: si quieres, hagamos tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube luminosa vino a cubrirlos. Y al mismo tiempo resonó de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo el amado en quien mucho me he complacido: escuchadle! Al oír lo cual, los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra y quedaron poseídos de un grande espanto. Mas Jesús se les acercó y los tocó y les dijo: Levantáos y no tengáis miedo. Y, alzando ellos los ojos, a nadie vieron, sino sólo a Jesús.

Y, al bajar ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: No digáis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Entresacaré del anterior fecundísimo pasaje las divinas palabras brotadas de la nube resplandeciente, y que encierran un dogma en que creer, una obligación que cumplir: la divinidad de Cristo, y el deber de oír sus enseñanzas y preceptos. Sobre estos dos puntos, estrechamente ligados entre sí, deseo evangelizaros en ésta plática, después de reclamar la intercesión de la única criatura que puede llamar a Jesús, Señor nuestro, hijo suyo amadísimo en quien tiene todas sus complacencias; *Ave María*.

En medio de las tinieblas palpables del politeísmo, algunas mentes superiores, esclarecidas con la lumbre de la razón natural, entendieron la existencia de un solo Dios, si no creador, a lo menos causa del orden y movimiento del universo. Tales fueron los filósofos espiritualistas griegos y romanos, uno de los cuales, Sócrates, dio la vida gustoso por confesar y defender la unicidad del Sér Supremo. Siglos más tarde, Mahoma predicó la misma doctrina a los pueblos asiáticos, a filo del alfanje bárbaramente sojuzgados. Mas los sabios de Grecia y el falso profeta de la Meca creían en un entendimiento sin palabra, en Una voluntad sin otra persona a quien amar, en una bienaventuranza por nadie compartida; y como una inteligencia muda, una voluntad egoísta, una felicidad solitaria no son perfectas, el de la Academia y el Islam no es el Dios vivo y verdadero.

Y sólo es Aquél a quien adoramos los cristianos, esclarecidos por la revelación sobrenatural. Nuestro Dios se conoce y se comprende a sí mismo y tiene en su mente el ejemplar, el modelo de todas las criaturas;

de los seres reales, de los imaginarios, de los de razón; de los existentes y de los meramente posibles: no sólo posee la verdad, sino que es la Verdad por esencia. Dios engendra desde la eternidad una Palabra, su Verbo, no accidental como el de los ángeles y el de los hombres, sino de la propia substancia divina. Por cuanto es generado, el Verbo es Hijo de Dios Padre. De un modo, no igual, sino análogo a como, la palabra se distingue del que la pronuncia, y el genitor del engendrado, el Padre y el Hijo eternos son entre sí realmente distintos. Or ser el Verbo substancia individual de naturaleza intelectual, es persona; por ser nacido del Padre, *ex Patre natus*, es Dios verdadero. Mas, siendo absurdo que haya dos dioses, el Padre y el Hijo son un solo y único Dios. Las dos primeras personas de la Trinidad se aman mutuamente con caridad sin límites; mas no son dos amores, sino uno, porque no hay en Dios sino una voluntad. De aquella dilección procede la tercera persona, que es el Espíritu Santo.

Todo caridad, todo clemencia, decretó el Señor redimir y salvar al hombre en pos de la caída original, sin detrimento de la justicia soberana. Para ello, la misericordia y la verdad, la justicia y la paz, después de abrazarse y darse un ósculo en el seno de Dios, determinaron una traza, digna de la Sabiduría por esencia. Era menester que un hijo de Adán, santo, inocente; inmaculado, sufriese voluntariamente el castigo merecido por la culpa, y que aquel sacrificio tuviese un precio infinito, como infinita es la malicia del pecado, no por parte del que lo comete, sino de la Majestad a quien se ofende. No podía realizarse este magnánimo designio si la víctima no era un Dios hombre; mas como la criatura no puede tomar la esencia divina, requeriase que Dios asumiese, sin perder la suya, la flaca naturaleza humana.

Nuestro linaje fue hecho por el Verbo: *omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est*. Parecía conveniente que el género humano recibiese la redención de la misma persona divina por quien había sido creado. Y el Eterno Padre determinó enviar a su Verbo a que se hiciese carne y habitara en medio de nosotros.

Durante los reinados de los césares Augusto y Tiberio, apareció en Palestina Jesús de Nazareth, descendiente de David, hijo de la virgen María, anunciándose como el Unigénito de Dios, hecho hombre. Y como a tál lo adoraron los pobres pastores de Belén y los poderosos magos de oriente; le siguieron los discípulos, abandonándolo todo por su amor; lo aclamaron las multitudes el día de la entrada triunfal a Jerusalén; lo han testificado con sangre muchos millones de mártires; lo ha reconocido la porción más selecta de la humanidad, durante veinte siglos. La divinidad de Nuestro Señor Jesucristo es el dogma fundamental de nuestra fe.

Si hay algún hecho histórico que deba atribuirse de preferencia a la acción inmediata de la diestra omnipotente, es sin duda la profecía. Ante la vista intelectual del hombre se ostentan lo pasado y lo presente, mas el conocimiento de lo porvenir sólo pertenece al que es Eterno. Claro está que me refiero a los hechos independientes de las leyes conocidas que rigen al universo corpóreo; porque nadie ha calificado de profeta al astrónomo que anuncia un eclipse o el paso aparente de un planeta por el disco del sol. Aun tratándose de sucesos futuros en que interviene la libertad humana, es hacedero preverlos en sus líneas generales y a corta distancia. Así, a la caída del imperio de los czares, fue fácil predecir que Rusia sería víctima del anarquismo nihilista; como hoy puede pronosticarse que, tarde o

temprano, se reestablecerá allí el orden y se cimentará la autoridad.

No así las profecías relativas al Redentor del mundo. Las más recientes se escribieron quinientos años; las más antiguas se dieron cuarenta siglos antes de la venida de Cristo. Ordenadas y completas, forman el retrato admirable del Maestro, la historia de su vida, más pormenorizada a veces que en los Evangelios mismos. No es un bosquejo de aquellos que lo mismo pueden aplicarse a un personaje que a otro semejante: son rasgos que no convienen sino a Jesucristo, Señor nuestro. La familia de donde había de proceder, la condición de su madre, el lugar de su nacimiento, el año preciso de su muerte, todo eso se encuentra en los profetas, y acompañado de los detalles más menudos, como el destino que dieron los pontífices a los dineros de Judas, el traidor; la crucifixión entre dos facinerosos, por medio de clavos que taladraron las manos y los pies; la hiel y el vinagre con que lo abrevaron; las palabras textuales y los meneos de cabeza con que lo insultaban sacerdotes y escribas; la división de los vestidos y el sorteo de la túnica; la omisión de quebrarle las piernas; la lanzada con que lo traspasaron. Y, después de referir minuciosamente la vida entera del Salvador, terminan los videntes cantando la gloria de la resurrección y la extensión de la Iglesia en el espacio y en el tiempo, sin más límites que los linderos del orbe y la duración de los siglos.

Necesarias son una ceguera o una perversidad casi increíbles para negar que en Jesucristo se hayan cumplido todas las profecías. Y ellas, acentos de la boca del Altísimo, afirman la filiación eterna del Mesías y su divinidad, por consiguiente. «Dijo el Señor al Señor mío:—canta David—te engendré de mis propias

entrañas, antes de existir el lucero de la mañana» (1); y en otro lugar: «Dijome el Señor: Hijo mío eres tú, porque hoy te he generado; pídemme y te daré las gentes por herencia, y, para que los poseas, los confines de la tierra» (2). Y en un nuevo salmo: «Tu trono, oh Dios! en los siglos de los siglos: amaste la justicia y aborreciste la iniquidad; por ello te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría» (3). ¡Dios ungido por Dios! ¿Puede expresarse mejor la unidad de la esencia y la distinción de las personas?

La magnífica visión del hijo sublime de Oseas, llamada por san Jerónimo «el evangelio de Isaías» vaticina un niño pequeñito que nacerá para nosotros y tendrá por nombre Dios (4). Antes había pronosticado que el hijo de la Virgen se apellidaría Emanuel, que significa Dios con nosotros (5). Pinta los milagros del Salvador: el ciego, cuyos ojos se abren a la luz; el paralítico, que da saltos como el ciervo; el mudo a quien se le desata la lengua, y dice del autor de tamaños prodigios: «Es Dios mismo el que viene, y El nos hará salvos» (6).

Jeremías, el poeta del dolor, consuela a su pueblo con la venida del Redentor, y termina con estas palabras, según el texto hebreo: «Este será el nombre con que lo llamarán: Jehová, justicia nuestra» (7). Escribe Baruch: «Este es Dios nuestro,» recuerda los beneficios de la antigua alianza y agrega: «Después se dejó ver en la tierra y se dignó conversar con los hombres» (8).

(1) Ps. CIX.

(2) Ps. II.

(3) Ps. XLIV.

(4) Is. IX.

(5) Is. VII.

(6) Is. XXXV.

(7) Jer. XXIII.

(8) Bar. III.

Que el Rey de los judíos nacería en Belén de Judá es oráculo de Miqueas, cuya es también la sentencia de que el parvulillo del pesebre «fue engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad» (1).

Al poderoso argumento teológico que os he esbozado a penas, podrían agregarse muchos otros de razón filosófica, bastantes, aun expuestos con brevedad suma, a una larga serie de sermones. Si fuera el caso pondría ante vuestros ojos la perfección moral de Jesucristo, a la cual no han señalado tacha ni sus más perversos y encarnizados enemigos; el hecho de que sus discípulos no han podido corregirle ni perfeccionarle la doctrina, no obstante que entre ellos se cuentan los genios más sublimes y los sabios más portentosos; el amor que le profesan miles de miles de cristianos, amor traducido en los más dolorosos sacrificios, sin exceptuar el de la vida, llevados a cabo no sólo por varones constantes, sino por tiernos niños y doncellas delicadas. Aduciría el odio implacable de los enemigos, prueba de que Cristo está vivo en el cielo y en la tierra, porque no se aborrece ni se persigue a un muerto, veinte siglos después de su paso por el mundo.

Me valdría también del propio testimonio del Redentor. El afirmó sin cesar que era el Hijo unigénito de Dios. Suponed por un instante que no lo hubiera sido. Tendríais que reputarlo el más insano de los locos o el más criminal de los impostores. Pero un hombre impostor o loco no puede elevarse al ápice de la santidad, predicar la doctrina más completa y la moral más pura, ni hacerse adorar del género humano hasta la edad presente.

Paréceme que basta, lo expuesto para fortificar vuestra fe y para que, junto conmigo, digáis a Jesús,

(1) Mich. V.

nuestro Amo, como Natanael, como Simón Pedro, como Marta de Betania: «Tú eres el Rey de Israel, Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (1) y como el apóstol santo Tomás, después de su pasajera incredulidad: «Señor mío, y Dios mío!» (2).

Ipsum audite! Escuchadle! Dos veces pronunció el Eterno Padre estas palabras: cuando el bautismo de Jesús y cuando su transfiguración portentosa; es decir, en el momento de la humillación y en el de la gloria. El Hijo no sólo vino a quitar los pecados del mundo, sino también a instruir a los hombres. La Iglesia canta, la víspera de la pascua: «De nada nos serviría ser creados, si no hubiéramos sido redimidos.» Y podemos agregar que el rescate habría sido inútil sin los medios de aprovecharlo. Jesucristo era Padre y Salvador, era Rey, era Dios, y sin embargo, los apóstoles y los demás que se le acercaban, sin excluir a los fariseos y a los escribas, lo llamaban Maestro. El más sublime de los filósofos griegos decía ser preciso que Dios viniera al mundo a enseñar personalmente la verdad; y esto, que aquel sabio abrigaba como un anhelo irrealizable, se cumplió, en la plenitud de los tiempos, cuando el Redentor llegó a la tierra. Si es Verbo, ¿cómo no habría de hablar? Si es infinitamente sabio, cómo no comunicaría su ciencia a todo ser capaz de recibirla? Y, en lo tocante a conseguir el último fin, nos la transmitió íntegra. «Os he hecho conocer, dijo Jesús a sus discípulos, todo cuanto he oído de boca de mi Padre» (3).

La palabra del Maestro celestial se halla en las sagradas Escrituras, en especial en el Nuevo Testamento. Principia por los santos Evangelios: cuatro narra-

(1) Ioan. I. Matt. XVI. Jan. XI.

(2) Ioan. XX.

(3) Ioan. XV.

ciones de testigos distintos, no acordados previamente entre sí, escritas en diversos tiempos y lugares, con diferentes fines inmediatos y no iguales en el vigor del fondo ni en la factura de la forma, y que constituyen, sin embargo, una sola obra: el Evangelio; libro único, sin modelo y sin imitadores; fruto de un candor infantil animado por el soplo omnipotente de Jehová; al alcance de los niños y de los pobres de espíritu, y superior a las fuerzas de los más elevados ingenios. Ese libro envolvió al mundo romano en espléndido manto de púrpura, teñido con la sangre de diez millones de mártires; convirtió los desiertos de la Tebaida en sucursal de las moradas angélicas; trocó a los lombardos, visigodos y francos, de lobos en corderos, fundó la civilización moderna y hoy es su defensa contra la novísima barbarie, no nacida en las selvas, sino brotada, como los gusanos del cadáver, de las entrañas de la sociedad corrompida.

En pos de los Evangelios vienen los Hechos de los Apóstoles, historia de la Iglesia naciente, crónica de nuestro hogar, ejecutoria de nuestra nobleza; y después las epístolas, en especial las de san Pablo, que son el comentario y el complemento de los libros anteriores. Aquel Saulo, vencido por Dios en lucha brazo a brazo en el camino de Damasco, tuvo la inteligencia más potente y el corazón más grande que se haya oforgado a un nacido de mujer. Llevó sus conquistas a donde no alcanzaron las falanges de Alejandro ni las legiones de César. Su elocuencia, que todo lo avasalla, es sobrehumana. «Cuando leo a Pablo, decía san Jerónimo, me parece oír, no palabras, sino truenos.» Finaliza el Nuevo Testamento con el Apocalipsis, del cual dicen los santos padres que tienen tantos misterios como frases.

Aquí cabe, hermanos míos, deplorar la conducta de muchos cristianos, aun de los que hacen profesión

de piedad, que no conocen sino de nombre los libros santos, desobedeciendo la voz de Cristo, que decía: «Escudriñad las Escrituras; son ellas las que dan testimonio de mí» (1). Cómo! escribe Dios omnipotente una epístola a su criatura racional, y ésta no se digna ni aun abrir la cubierta en que se encierra el divino mensaje. Procura apagar la sed de saber en los ríos turbios de la sapiencia humana, cuando no en las aguas fangosas de una literatura infame, volviendo la espalda a la fuente purísima que mana de la mente de Dios, a través del corazón de Cristo.

No era así en tiempos que alcancé a conocer en los ya remotos años de mi infancia. Entonces los fieles que asistían al santo sacrificio recitaban al mismo tiempo que el celebrante, la epístola y el evangelio del día; y, al ponerse el sol, después del rezo del rosario encabezado por el padre o la madre de familia, se leía la explicación de los textos sagrados, en el áureo libro titulado el *Año cristiano*, tan sólido en el fondo como elegante y atractivo en la forma. De aquella lectura nacieron muchos de los grandes hechos de los varones nuestros padres, las escondidas y heroicas virtudes de las señoras bogotanas.

Voz de Cristo, tan sagrada y auténtica como la Biblia, es la tradición; y de interpretar una y otra está encargada por Dios la Iglesia católica, columna y fundamento de la verdad. Y la Iglesia fue edificada sobre Simón, hijo de Juan llamado por el Salvador Cephás, que quiere decir piedra, depositario de las llaves del reino celestial, privilegiado con que su fe no desfallezca, encargado de confirmar en esa virtud a sus hermanos. Los legítimos sucesores de Pedro son los obispos de Roma. Si no queréis extraviaros del camino del cielo,

(1) Ioan. V.

fijad los ojos en la colina del Vaticano; *Mons coagulatus, mons pinguis* (1), monte incontrastable en cuyos flancos se quiebran las alas de la tempestad, a cuyos pies mueren mansamente las olas embravecidas del océano; monte fertilísimo, bastante a saciar con sus frutos el universo entero. Seguid también a vuestros obispos, puestos, como enseña san Pablo, por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios (2). El que se aparta de su obispo, está separado de la Iglesia, dice el glorioso san Cipriano.

Nuestro amadísimo Jesús no sólo nos enseñó con sus palabras, sino también con sus ejemplos. Es el único maestro cuyas acciones no son inferiores a su doctrina; el único que ha podido decir a sus discípulos: «Ejemplo os he dado, para que así como yo lo he hecho, así también lo hagáis vosotros» (3). Y, ¿qué vemos en el momento actual? Los amadores del mundo, y aun aquellos cristianos cobardes que pretenden servir juntamente a Dios y a Satanás, han llegado a persuadirse de que el último fin del hombre es gozar en la vida presente. El Evangelio os dice que habéis sido creados para salvaros; los mundanos os afirman que estáis en la tierra para divertirlos, y os sugieren aquellas palabras blasfemas que el Sabio pone en boca de los necios: «Coronémonos de rosas, antes que se marchiten; no haya prado donde no dejemos las huellas de nuestra intemperancia» (4).

Los cristianos, según conceptos de san Pablo, somos miembros de Cristo (5); y no podemos ceñirnos de flores, cuando nuestra cabeza está coronada de espinas.

(1) Ps. LXVII.

(2) Act. XX.

(3) Ioan. XIII.

(4) Sap. II.

(5) I. Cor. VI.



Va a hacer cuatro siglos que Nuestro Señor Jesucristo apareció por primera vez, un día como hoy, en esta elevada planicie de los Andes. Las especies sacramentales, que son su vestido, eran blancas como la nieve, y quizá el primer rayo de sol, al trasponer el astro rey la cumbre de Monserrate, se reflejaría en la hostia, al levantarla el padre Las Casas en sus manos consagradas. Jesús sacramentado no ha vuelto a ausentarse de aquí, no ha bajado del monte con sus discípulos; y la piedad de nuestros padres le edificó el magnífico tabernáculo en que ahora estamos congregados. Señor ¡cuán bueno es para nosotros hallarnos al pie de tus altares!

R. M. CARRASQUILLA

EL HIMNO NACIONAL

(Nuestro ilustrado catedrático doctor Luis María Mora ha dado ya a la estampa su libro titulado *El Alma Nacional*, anunciado hace meses en nuestra REVISTA, y varios de cuyos capítulos hemos publicado en estas páginas. Hoy con motivo de la aparición de la obra, insertamos el lindo trozo siguiente, extractado del capítulo que lleva por nombre *Himno nacional y cantos patrióticos*).

Nuestro himno nacional surgió de súbito con humildes principios, en modesto lugar, sin antecedente notable ninguno. El hombre que concibió la grande idea apenas se dio cuenta de su prolongada resonancia en el porvenir. Don José Domingo Torres era un simple aficionado al arte de Talía. Pasó su juventud en arduos proyectos teatrales, y perteneció a una compañía de comediantes nacionales, o más bien bogotanos, que con el espiritual Honorato Barriga a la cabeza, dejó simpático y duradero recuerdo en esta ciudad. Fue Do-